

LA TEORIA DE LA ELITE COMO ELEMENTO DE DIAGNOSTICO SOCIO-POLITICO

David Correa Cano

Estudios: Contaduría Pública (C.P.T.), Facultad Nacional de Contaduría.

Administración de Empresas (M. A.), University of Alabama.

Economía (DDA), University of Manchester.

Profesor de Administración de Empresas, Facultad de Ciencias Económicas, U. de A.

Apartado 50573, Medellín.

I. INTRODUCCION

Pensamos que un ensayo sobre las clases dirigentes tiene que ver —como elemento correspondiente— con el concepto de desigualdad, pues este último aparece o deriva del primero. Por esta razón, desarrollamos la discusión empezando con el análisis histórico del fenómeno de la clase dirigente; con este enfoque intentamos ayudar a dilucidar y obtener una mayor comprensión del origen y presencia de grupos prevaletentes en la sociedad. La Sección III se enfoca al meollo de las teorías “clásicas” acerca de la materia bajo examen; sin embargo, también consideramos importante introducir esta parte con el examen de lo que consideramos los precursores de la teoría o filosofía de la clase dirigente. Asimismo, agregamos una referencia a la singular posición de Ortega y Gasset acerca de la “masa” y el “hombre noble”. La parte IV, presenta las críticas básicas de las teorías estudiadas; la Sección V es un intento de evaluar el significado de la teoría de la clase dirigente —o élite— como una herramienta que sirva para el análisis y diagnóstico socio-político, especialmente para los países del Tercer Mundo, dadas sus complejidades como nacientes países modernos.

II. ORIGEN Y PRESENCIA HISTORICA DE LA DESIGUALDAD DE CLASE.

Parece que siempre ha existido una “clase dirigente”. Desde los primeros tiempos, la humanidad presentó diferencias socio-económicas, porque “. . . aquél que cantaba o danzaba mejor, el más bien parecido, el más fuerte, el más diestro, o el más elocuente, llegó a ser el más considerado; y este fue el primer paso hacia la desigualdad. . .”.¹ Los creadores de dibujos del paleolítico, debido a su capacidad para producir tales obras fueron tenidos como dotados o magos y, por tanto, merecedores de status sobresaliente que les deparó privilegios y emancipación de los deberes de buscar alimento. Este artista “. . . emergió de la masa indiferenciada al lado del mago ordinario y del hombre de la medicina, como el primer profesional, y . . . el precursor de la real clase sacerdotal, la cual más tarde no sólo reclamará la posesión de habilidades y conocimiento excepcionales sino una especie de carisma y se abstendrá de ejecutar todo

1. Rousseau, Jean Jacques. *The Social Contract and Discourses* (London: J. M. Dent and sons, Ltd., 1973, p. 81.

trabajo ordinario".² De esta situación, la sociedad llegó a dividirse en clases dirigentes y sirvientes; y de ahí, la primera acumulación de capital (o tierra) cayó en las manos de las nuevas clases, distanciando mucho más de las masas a los guerreros, los conquistadores, los sacerdotes y los príncipes.³ En un guloso maridaje, los sacerdotes le permitieron a los príncipes el ser tenidos como dioses para solidificarlos en su propia esfera de autoridad, y, a su turno, los príncipes propiciaron la creación de templos para los dioses y los sacerdotes y así incrementar su propia fama. Cada uno se benefició del prestigio del otro; y así mismo, cada uno buscó la ayuda del artista en sus luchas por preservar lo real y lo sacerdotal.⁴

Durante las edades homéricas, esta situación socio-política cambió, así como el tipo prevaleciente de clase dirigente. En este período la organización primitiva del clan devino en un sistema político de monarquía feudal —apoyado por la lealtad personal de los vasallos a su Señor— y, entonces, la correlación de poder entre las clases cambió. De esto, y debido al hecho de que la guerra adquirió preeminencia a efecto de garantizar la supervivencia de los estados, aquellas ocupaciones que requerían trabajo detenido y exacto fueron consideradas débiles y, por tanto despreciables, sin honor.⁵ La corte era el centro de toda la vida social e intelectual, apareciendo de ahí una definida aristocracia de oficiales, una clase de funcionarios y burócratas, especialmente creadas por el emperador con el fin de emplear y halagar a sus favoritos.⁶

Pero para las edades medias la más relevante característica de los grupos de clase es el surgimiento o adquisición de la conciencia de clase por parte del "novus homo", los caballeros, quienes, tocados de la cuasi divinidad emanada de sus señores, se tornaron personajes más exigentes y rigurosos en su actitud sobre los asuntos de etiqueta de clase que los representantes natos del grupo indiferenciado; los caballeros, como extensión del espíritu del señor, eran más cla-

2. Hauser, Arnold. *The Social History of Art*. (London: Routledge Kegan, 1968), Vol. one, pp. 17-18.

3. *Ibid.*

4. *Ibid.*, p. 26.

5. Es importante anotar aquí que los artesanos —especialmente dentro de las bellas artes— recuperaron su estima con el advenimiento del renacimiento. Véase, Von Martin, Alfred, *Sociología del Renacimiento* (México: F.C.E., 1968), pp. 1-55 y ss. Este punto también es analizado por Mosca: "Examinando las condiciones morales y políticas de la sociedad medieval, y comparándolas con las condiciones sociales de principios del siglo diecinueve, Saint Simon llegó a la conclusión de que los elementos militares y teológicos prevalecieron en aquella, y por lo tanto los líderes sacerdotales y militares permanecieron en la cúspide de la pirámide". Véase, Mosca, Gaetano. *The Ruling class* (New York: McGraw-Hill, 1939, p. 329.

ramente conscientes de las ideas que matienen la cohesión del grupo particular y, por ende, enderezaron sus esfuerzos al objetivo de distinguirlo de los otros grupos. En este estadio, se comprendió que la cohesión significa solidaridad, que el tamaño del grupo influye en su cohesión, que la solidaridad se ve también afectada por la *homogeneidad* del grupo, que cuando más *aislado* esté el grupo de los demás, tanto mayor será su cohesión; y, por último, que uno de los modos de desenvolver rápidamente una fuerte solidaridad es el de reaccionar ante la *presión exterior*,⁷ que en ese momento histórico, como hoy para ciertos marcos sociales, significó la validez de la guerra como savia para vivificar las instituciones mantenedoras de la clase aristocrática. En el caballero, en virtud de su estilo de vida, permeado por el principio de *noblese oblige*, en virtud de su extravagancia, su ostentación, su desprecio por todo trabajo normal y por toda búsqueda ordinaria de lucro, se define un ente concienzudamente extraño a lo burgués.⁸ De esta actitud, unas variables filosóficas y psicológicas vienen a reforzar —y quizá a prevalecer sobre él— el status económico, permitiendo así a la clase dirigente la adquisición de más fuerza y una mayor influencia en la sociedad.

Con el advenimiento de las instituciones sociales modernas, las crecientes complejidades de la administración de los estados, las incrementales influencias y sofisticación de los militares en la sociedad, el florecimiento de la riqueza de las naciones y las universidades, las clases sociales adquirieron improntas *sui generis*, llegando a ser lo que ahora conocemos como los dirigentes económicos, políticos, académicos, militares, etc.

III. ASPECTOS IDEOLOGICOS CENTRALES

De lo analizado sobre la presencia histórica de élites o grupos dirigentes especiales,⁹ los filósofos y los pensadores políticos han cons-

6. Hauser, *Op. Cit.*, p. 119.

7. Huse, Edgar. F. y Bowditch, James L., *El Comportamiento Humano en la Organización*. (Bilbao: F.E.I., 1976), pp. 116-117.

8. Hauser, *Op. Cit.*, p. 186.

9. Para nuestra discusión, asumimos que los términos clase gobernante y élite son sinónimos; esto no obstante el aceptar la diferencia establecida por Pareto. Véase en Duverger, Maurice, *The Study of Politics* (London: Wilson, 1976), p. 140: "El concepto de élite se basa en la idea de competición entre individuos, con el más dotado llegando a los más altos niveles de la escala social y los menos dotados permaneciendo en los más bajos estratos. El concepto de clase se basa en el hecho de que la discriminación de una naturaleza colectiva interfiere con la libre acción recíproca de la competición individual". De otro lado, el significado de la palabra élite se usó en el siglo diecinueve para describir mercancías de particular excelencia, y más tarde su uso se extendió para hacer referencia a grupos sociales superiores, tales como unidades militares del más alto rango de la nobleza. Véase, Bottomore, T.B., *Elites and Society* (London: Penguin, 1976), p. 7.

truído todo un haz de planteamientos ideológicos sobre la materia. Los teóricos empezaron discutiendo los conceptos de "igualdad", "inequidad" y "propiedad". Hobbes, por ejemplo, clama que los hombres son por naturaleza iguales porque aún cuando "...un hombre... (es)... manifiestamente más fuerte de cuerpo, o más ágil de mente que otro... cuando todo se estima en conjunto, la diferencia entre hombre y hombre no es tan considerable...".¹⁰ Hobbes agrega que debido a que los hombres son más o menos iguales por naturaleza ellos no reclaman el gobernar en base a la superioridad de la fuerza o la sabiduría; no admite que la humanidad pueda dividirse en líderes, como hace Platón. Si a la final él acepta una fuerte soberanía para los pueblos no es debido a las cualidades del gobernante sino por la urgencia de la condición social del hombre.

En esta misma línea argumental, Locke admite que los hombres son iguales "en la naturaleza", sin significar igualdad en capacidad o aún potencialidad, sino que todos ellos comparten en la misma familiaridad el poder y las facultades naturales.¹¹

Asimismo, hallamos la preocupación de Rousseau por el tópico de la desigualdad. Su crítica apunta directamente al fenómeno de la división de las clases debida a la división de la propiedad. Para él, ello ha originado el que la mayoría de la humanidad tenga que vivir dentro de las penalidades y la sujeción a unos pocos hombres ricos, poderosos y en el pináculo de la fortuna y la grandeza, en tanto que las muchedumbres se arrastran en la necesidad y la obscuridad.¹² Este círculo que denominamos precursores¹³ de la teoría de la élite se cierra con Bentham y Mill. El primero pide a los hombres desengañarse de la "quimera" de la igualdad, en términos de perfección; enfatiza que "...la meta de la acción social no es la igualdad o derechos iguales para los hombres, la meta de la acción social no es la felicidad entre los hombres, sino la más grande felicidad de todos los miembros de la comunidad".¹⁴ A su turno, Mill justifica la supresión de la igualdad bajo el argumento de que la absoluta dependencia de cada uno en todos y la vigilancia de cada uno por los demás llevaría a pulverizar todo dentro de una insípida

10. Hobbes en Mc Farlane, L. J., *Modern Political Theory*. (London: Nelson, 1970), p. 178.

11. Mc Farlane, *Op. Cit.*, p. 184.

12. *Ibid.*, p. 193. Véase también Rousseau, *Op. Cit.*, pp. 83-98.

13. Realmente, hay otras teorías influyentes sobre la élite, especialmente *La Política* de Aristóteles y *Las Tres Elites* de Saint Simon (Los Científicos, los Organizadores y los Líderes Culturales-Religiosos). Véase Keller, Suzanne, *Beyond the Ruling Class* (New York: Random House, 1963), pp. 6-10.

14. Mc Farlane, *Op. Cit.*, p. 200.

uniformidad de pensamientos, sentimientos, y acciones. Entonces, mientras Bentham piensa que la igualdad debería darle paso a la seguridad, Mill postula que le debería dar paso a la libertad.

Pero los enfoques propiamente "clásicos" sobre la teoría de élite han venido a dibujarse en mayor profundidad dentro del pensamiento de la ciencia política de fines del siglo pasado y principios del presente. Esto se dio fundamentalmente con los trabajos de los sociólogos italianos Vilfredo Pareto y Gaetano Mosca. Su atención se dirigió básicamente a la búsqueda de una ciencia política "éticamente neutral", y con el fin de refutar el marxismo.¹⁵ Así, los teóricos de la élite empezaron buscando un "análisis científico" que produciría la misma objetividad de las ciencias naturales, y demolería cualquiera "ideología" o mito religioso que se opusiese —que así llamaban al marxismo—. Mosca, en particular, se reorganizó para extender una tradición de ciencia política empírica que partió de Aristóteles, a través de Maquiavelo, Montesquieu, Saint Simon, Marx y los escritores evolucionistas de sus días. De esto, el postulado central de la doctrina clásica elitista establece que en cualquiera sociedad existe un grupo minoritario que toma las mayores decisiones sociales y es obedecido; y puesto que tales decisiones afectan todo el espectro social, ellas son tenidas como decisiones "políticas". Pero la tesis elitista trasciende lo anterior, en cuanto que aborda un argumento mucho más fuerte, pues plantea como parámetro filosófico el que *la minoría dominante no puede ser controlada por la mayoría, cualesquiera sean los mecanismos democráticos que se usen*.¹⁶ Hacia el ataque de este hito doctrinal parten los críticos, especialmente los marxista con su concepto de lucha de clases, como se verá adelante.

Mosca fue el primero en hacer una distinción *sistemática* entre élite y masas. El centro de sus ideas establece que en todas las sociedades, tanto en las subdesarrolladas —las que "...escasamente han obtenido la aurora de la civilización..."— como en las avanzadas y poderosas, aparecen dos clases: aquella que gobierna y la que

15. Como es sabido, sintéticamente, la teoría marxista postula que los gobiernos no socialistas se ejercen sólo en nombre de la burguesía, la cual controla el poder en la sociedad a través del control de los medios de producción. La economía aparece crecientemente bajo el control del estado y los grupos que manejan las empresas debido a sus habilidades; no obstante, la sociedad capitalista contiene la semilla de su propia destrucción. Además, "La economía no trata de cosas, sino de la relación entre personas y, en último análisis, entre clases. Sin embargo, estas relaciones están siempre ligadas a cosas, y aparecen como cosas". Véase, Luckács, George, *History and Class consciousness* (London: Merlin Press, 1971), pp. 2-4; véase también Bottmore, *Op. Cit.*, pp. 24-25.

16. Parry, Geraint, *Political Elites* (London: George Allen & Unwin Ltd., 1976), pp. 15-31.

obedece; la primera es la menos numerosa y ejerce todas las funciones políticas, monopoliza el poder y goza de las ventajas que el poder brinda; la segunda, en cambio, mucho más numerosa, es manejada y controlada por la primera. Mosca justifica este fenómeno argumentando la circunstancia de que las minorías son organizadas, mientras que las mayorías no. Por esta razón, "el dominio de una minoría organizada, obedeciendo un solo impulso, sobre la mayoría desorganizada es inevitable".¹⁷ Mas el plano teórico de Mosca se extiende. Discernió dos "principios", por los cuales la autoridad fluye, y dos "tendencias" por las cuales se recluta la membresía de la élite. Según estas proposiciones, cualquiera organización política es regida por los principios de autoridad descendente o autoridad ascendente, principios que se combinan con las tendencias "aristocráticas" y "democráticas". Lo primero ocurre cuando nuevos miembros de la clase dirigente son reclutados de los descendientes de la clase dirigente existente; lo segundo aparece cuando la clase dirigente se renueva con elementos de la más baja clase de los gobernantes. Estos principios y tendencias pueden combinarse en cualesquiera vías posibles, ofreciendo la base para análisis políticos comparados.¹⁸

Pareto formula su teoría basado en la creencia de que hay algunos atributos humanos en la interacción social que pueden dividirse en estructuras psicológicas. Estas categorías nos conducen a apreciar un hecho social, cual es la existencia de una élite dividida en dos clases: una *élite gobernante*, que comprende los individuos que *directa o indirectamente* juegan una parte importante en el gobierno, y, el resto, una *élite no-gobernante*.¹⁹ Sin embargo, Pareto abandonó esta definición como impráctica para la investigación sociológica; en cambio, acude a una distinción más simple entre élites gobernantes y no gobernantes: los que de hecho ocupan la posición directiva, independientemente de la habilidad, y los no élite. Aquellos se consolidan debido a los instintos humanos y, por lo tanto, los *residuos* que los reflejan aparecen constantes a través de la historia. Surge así un residuo bimodal. Los de clase I reflejan el "instinto de combinación"; esto es, el impulso de aglutinar ideas usando la imaginación —artes, ideologías, etc—. Los de clase II reflejan el instinto de la "persistencia de los agregados" es decir, la tendencia a consolidar posiciones una vez se han establecido. En la primera clase, los hombres son "zorros", personas de astucia e inteligencia;

17. Mosca, *Op Cit.*, pp. 50-53.

18. Parry, *Op Cit.*, pp. 38-39.

19. Bottomore, *Op. Cit.*, p. 8.

en la segunda, los hombres son "leones", gentes de fuerza e integridad. A pesar de que ambos son mutuamente excluyentes, la política requiere tanto del uno como del otro.

Dentro de la misma orientación de Mosca, hallamos a Robert Michels —discípulo de Mosca— quien es tenido como el más "científico" de los elitistas clásicos. Michels creó una ley hipotética que gobierna todas las organizaciones; tal ley postula que en cualquier clase de organización, independientemente de su tamaño, el liderazgo es necesario con el fin de garantizar su supervivencia y éxito. Así, el punto central de su teoría es el de que el control de la élite depende de la organización. Michels no sólo quiere decir que la habilidad organizacional o administrativa otorga poder, sino que de la misma estructura de cualquiera sociedad organizada surge inevitablemente una élite. Es decir, quien dice organización dice oligarquía. Esta fuerza organizacional se refuerza por ciertas "fuerzas psicológicas", especialmente de características negativas; por ejemplo, la mayoría es apática hacia los asuntos públicos; la mayoría ignora cómo funciona el sistema político y está contenta de que otros asuman las responsabilidades políticas. De esto debería concluirse que "... la mayoría nunca gobernará a pesar del aparato formal del sufragio universal y los mitos de la voluntad mayoritaria".²⁰ En suma, debe entenderse que aunque Michels confina su análisis particular a los partidos políticos, la ley de la oligarquía pretende tener aplicación general a todas las organizaciones, incluyendo, desde luego, la organización del estado como tal.

Tan importante y controvertible como las teorías precedentes, es la posición que establece James Burnham en cuanto a la factibilidad de conciliar o combinar la teoría de la élite con la teoría marxista. Burnham acepta la idea de que la política es un asunto de lucha entre grupos o clases por el status y el poder sociales; lucha de la cual finalmente derivará el gobierno de una pequeña minoría.

Por esto, Burnham es marxista en su comprensión de en donde radica la base del poder de cualquiera élite; para él, en síntesis, es inevitable el advenimiento de una clase administrativa que tomará el control del estado y, consecuentemente, *el control de la economía*, originando de esa manera una nueva élite dominadora, "...elitismo con sabor marxista" —principio del llamado enfoque económico— elitista.

20. Parry, *Op Cit.*, pp. 42-47.

Hasta cierto punto de la dirección de Burnham, C. Wright Mills originó un enfoque institucional sobre las élites. Endereza su análisis sobre la estructura socio-económica en vez de hacerlo sobre los talentos psicológicos de sus miembros individuales. Para Mills las posiciones del poder —en parcial coincidencia con Plejanov—²¹ no son cinceladas por los “grandes hombres”, sino ligadas a ciertos roles en la sociedad. Mientras que Burnham cree que el poder en la sociedad surge del control de los medios de producción, Mills lo visualiza como ligado a una serie más amplia de instituciones implicadas. La élite entonces está compuesta de aquellos que mantienen las posiciones directivas en las jerarquías estratégicas; por tanto, como centro de su análisis, Mills cree que, en las instituciones predominantes, los medios para ejercer el poder, por la naturaleza misma de las jerarquías, se concentran más estrechamente en pocas manos.

A *latere* de la teoría de la élite y quizá como variable complementaria, aparece el concepto de la masa. Este contiene que, en claro contraste con la “clase dirigente” la masa es inorgánica, apática, incompetente y carente del punto ventajoso desde el cual ver la totalidad del sistema social, sus movimientos e interacciones.

Para Lenin, por ejemplo, no obstante su vocación y ejecutorias marxistas, las sublevaciones espontáneas de los trabajadores deberían resistirse porque ellos por sí mismos nunca trasciende su *Milieux* para establecer la distinción entre los tumultos a la caza de pan y la revolución total.²²

Para Ortega y Gasset, “La masa, sin dejar de ser tal, está suplantando a las minorías (subrayamos)”.²³ El avance de la tecnología, el ascenso de los estándares de vida, la salud, la educación, etc., son fenómenos que le dan acceso a las masas a los puestos de comandancia social, a pesar de su definitiva carencia de habilidades, interés y mérito para tales tareas. Para Ortega, la dicotomía entre minorías selectas y las masas “. . . no es una división entre clases so-

21. Plejanov, Jorge. *El Papel del Individuo en la Historia* (México: Grijalbo, 1969), pp. 1 y ss.

22. Bottomore, *Op. Cit.*, pp. 32-33. También, Parry, *Op. Cit.*, pp. 50-55. De otra parte, una justificación filosófica de las jerarquías es argumentada por Louis Dumond: “. . . el hombre no sólo piensa, él actúa. No sólo tiene ideas, sino valores. Adoptar un valor es introducir jerarquías, y una cierta jerarquía de ideas, cosas y personas es indispensable para la vida social. Esto es independiente de las desigualdades naturales o de la distribución del poder. Sin duda, en la mayoría de los casos, la jerarquía se identificará de alguna manera con el poder (subrayamos)”. Véase *Homo Hierarchicus* (London: Paladin, 1972); pp. 54-55.

23. *Ibid.*

ciales, sino entre clases de hombres, y no puede coincidir con la separación jerárquica de clase alta y baja”.²⁴ Para el filósofo español, los privilegios y el ocio de los tiempos modernos pertenecen a la masa —a aquellos *sine nobilitate*—y, muy al contrario de lo que generalmente se cree, no es el hombre ordinario el que lleva una existencia servil, sino que es el hombre de excelencia el que se exige, para darse a los demás; el hombre en constante sacrificio e ideación, aquel que dignifica a sus descendientes —que no busca ennoblecerse con la nobleza de sus mayores— en fin, el hombre noble; para éste la vida cobra sentido sólo cuando está al servicio de algo, cuando está al servicio de tareas trascendentales, porque para él, a diferencia de la masa, servir no es una opresión; al contrario, cuando no hay necesidad de servir, en virtud de su vida disciplinada, el noble es incansable en la búsqueda de nuevos estándares, cada vez más exigentes, con los cuales retarse y darse.²⁵ Entonces con un análisis en cierto sentido invertido, Ortega renueva el criterio elitista porque a la implícita necesidad psicológica de auto-realización y auto-demanda del hombre “noble”, de excepción y, por definición, no—masa, suma la posibilidad de que la formación elitista no se de por los mecanismos de clase, de grupos, de estructura social, de roles, de jerarquía, sino en virtud de propia inspiración personal y, por ende, hay cabida para que de la misma masa surja el noble, que por llegar a tal dejaría de ser ente indiferenciado.

Los principios ideológicos sobre las élites tienen su contraparte en las tesis pluralistas que, en cierto sentido, se podrían calificar de teorías de *élite plural*. A diferencia de los planteamientos de los elitistas, los pluralistas definen como gobernantes reales a aquella serie de grupos que ejerce presión política²⁶ con el fin de obtener ventajas para sí mismo. Consecuentemente, la tesis pluralista mantiene que el ordenamiento, los procesos de decisión y el control de los asuntos públicos tienden a ser compartidos entre un número de cuerpos y personas, que no necesariamente tienen que concordar en sus valores, pero que buscan mantener una tática y en veces expresa armonía interactiva por los réditos que de ella derivan. En rigor,

24. *The Revolt of The Masses* (London: George Allen, 1932), p. 17.

25. *Ibid.*, pp. 16, 69, y ss.

26. Duverger define los grupos de presión como las más grandes organizaciones involucradas en el proceso político. Tales grupos no tienen como objetivo principal el acceso al poder para sí mismos o la participación en el poder —aunque en algunos casos el gobierno nombra algunos de los servidores públicos de esas bases. Es claro que los grupos de presión buscan ejercer presión en el gobierno, y su fundamento es defender intereses privados, tales como organizaciones profesionales, grupos intelectuales, organizaciones civiles, los militares, etc. Véase, Duverger, Maurice, *Party Politics and Pressure Groups* (London: Wilson, 1977), pp. 1, 117 y 120.

pues, la teoría pluralista es contraria a la teoría elitista por cuanto afirma que el poder tiende a ser difuso más bien que concentrado.²⁷ Sin embargo, como se insinuó arriba, dependiendo de los mecanismos de ingreso a los grupos de presión, el número de los mismos, su constitución interna y su influencia *real*, podría hablarse o no de que tan difuso o concentrado estará el poder. Porque obviamente habrá más de una élite influyendo o determinando bajo el disfraz de representación pluralista, a la par que puede haber más de un grupo tan difuso que su presión no irá más allá de lo meramente formal.

IV. CRITICAS BASICAS

Del análisis general, las teorías marxistas, elitistas y pluralistas son mutuamente excluyentes. A la luz del marxismo, por ejemplo, los elitistas aparecen como los apologistas de una clase burguesa decadente, que desprecia la inevitabilidad del comunismo, de la sociedad sin clase. Para el marxismo es falsa ilusión la permanencia de las minorías porque el conflicto es inherente a la sociedad estratificada, en la cual los medios de producción determinan, por la naturaleza de la propiedad privada, la explotación del hombre por el hombre. La esencia de esa explotación aparece en términos económicos; pero la economía no trata de las cosas, sino que la relación entre las personas, y, en último análisis, como plantea Luckács, entre clases, aunque tales relaciones están siempre ligadas a las cosas y aparecen como cosas.²⁸ Por ello las clases rectores (elitistas) serán abatidas por las mayorías.

Por su parte, los teóricos de la élite consideran la filosofía marxista como productora de un modelo excesivamente simplista de la sociedad, debido a que tal modelo cae en el "determinismo económico" y éste no considera la multiplicidad de variables interactuantes en los medios sociales. Además, los elitistas consideran que el punto de vista marxista no niega las diferencias sociales y materiales que aparecen entre diferentes grupos, tales como artistas, burócratas, trabajadores industriales, intelectuales y deportistas; por tanto, se arguye, en los estados de corte marxista-leninista la igualdad en términos de praxis es un slogan vacío porque el gobierno socialista ha devenido en una dictadura de pretores, partera ella misma de una "nueva clase" de comunistas, pilotada por los jefes del partido.²⁹

27. Parry, *Op. Cit.*, p. 66.

28. Luckács, *Op. Cit.*, pp. 2-4.

29. Parkin, Frank, *Class Inequality and Political Order* (London: Mc Gibbon, 1971), p. 13. Véase, asimismo, "Socialism: Trials and Errors — An ideology that promises more than it delivers". *Time*, European Edition, march 13, 1978, Cover Story.

Desde el ángulo pluralista, la mayor crítica a la teoría elitista radica en el punto respecto a que los elitistas han fallado en la definición del espectro de la influencia manejada por los individuos que componen las élites. Pero, además, como afirma Dahl, específicamente a los elitistas les falta una cantidad de explicaciones: primero, deben reunirse varios factores para calificar a un grupo como élite; es decir, es necesario definir e identificar las élites gobernantes; segundo, al analizar la élite se debería ser capaz de probar un número de decisiones políticas en las cuales las preferencias de un grupo corren en contra de aquellas de otro; y, tercero, las preferencias de la élite deben prevalecer regularmente sobre las preferencias de grupos rivales.³⁰ Para esta posición entonces, es evidentemente muy difícil definir una élite gobernante, la cual, a su vez, pueda probarse en términos de su área de influencia, lo relevante de sus decisiones, la frecuencia del predominio sobre otros grupos, y, como factor crucial, que tenga la debida cohesión interna para obtener la efectividad política real. Sin embargo, lo que parece más difícil de justificar en el modelo de la élite es la prueba práctica de la agregación de diferentes marcos de influencia que constituyen una esfera de poder única indiferenciada, y la validez de la idea de que los métodos de influencia están disponibles a cualquiera hora, para cualquiera élite. Porque, obviamente, no existe evidencia de una alta correlación entre las categorías de status, riqueza y poder; por ello tales categorías no pueden asumirse como recursos acumulativos.³¹

Aunque ya sugerimos arriba cómo la posición de Ortega llega a un tipo de filosofía de élite, por su enunciación de características individuales —psicológicas formadoras del hombre "noble", la teoría de la masa ignora los condicionamientos socio-históricos que en alta medida determinan o producen un tipo de hombre; es simplista la teoría Orteguiana porque tácitamente admite la existencia de hombres casi *incontaminados* socialmente o con una rectitud moral y psicológica tal que todo lo social, antes que determinarlos es determinado por ellos, inspirando así, de soslayo, la creencia en superioridades genéticas entre diferentes hombres o grupos, justificando, probablemente, el racismo, sobre todo en los casos donde ciertos grupos humanos con un alto desarrollo histórico y social puedan exhibir abundancia de hombres "nobles".

A pesar de las discrepancias ideológicas —excepto quizá las marxistas— al final los elitistas tanto como los pluralistas admiten que

30. Dahl, Robert, "A critique of the modern Elite", *The American Political Science Review*, pp. 465-469.

31. Parry, *Op. Cit.*, pp. 122-123.

con el fin de garantizar la supervivencia de los valores de un marco político, es necesario el mantenimiento de un consenso político. Claramente, el principal problema con la situación de consenso no es la permanencia obvia de una cierta "influencia" de unas minorías gobernantes, sino su operación dentro de democracias asumidas;³² porque podría suponerse que existen ciertos intereses "reales" u "objetivos" dentro del campo democrático que serán suprimidos por la existencia de los intereses de la minoría gobernante admitida aún por el consenso.³³ Así, este último *tiende* a adquirir perfiles caricaturescos, no sólo en referencia a la lealtad sobre los intereses de los grupos no gobernantes, sino además respecto a los mecanismos de cobertura universal, democrática de las políticas del sector dominante. Esto, como se verá en seguida, pensamos, se resuelve tanto en el plano valorativo como en el fáctico.

V. LAS FILOSOFÍAS DE LAS CLASES GOBERNANTES Y LAS DISPARIDADES SOCIALES EN EL TERCER MUNDO.

En nuestra opinión, debe reconocerse, antes de cualesquiera digresiones filosófico-políticas la existencia de alguna inequidad socio-económica en todas las sociedades actuales; no obstante ser mucho más marcada en los países del Tercer Mundo. Por evidencia plena, hallamos en estos sectores del planeta la existencia de arrogantes e insolentes minorías dirigiendo los destinos de vastas mayorías analfabetas, insalubres y en la inanición. En la América Latina, por ejemplo, las sucesiones familiares, el nepotismo y el favoritismo son el común denominador desde cuando el yugo español fue abolido. La sola "circulación" del poder, aún como medida liberal, ha tendido a cero. La norma es la perpetuación de castas a espaldas de los imperativos sociales de las mayorías.

Sin embargo, en un sentido general, y reconocidas como válidas las críticas filosóficas al concepto clásico de élite, tal vez por obligada consideración a la praxis cotidiana en diferentes medios,³⁴ el

32. Naturalmente un problema mayor derivado de la teoría de la élite es aquel relativo a la compatibilidad de ella con la existencia de la democracia. Este problema surge cuando se define la democracia o gobierno democrático. Por ejemplo, "...gobierno democrático significa gobierno de personas libremente elegidas por los gobernados y responsable ante éstos...". Véase, Benn, S. I. y Peters, R. S., *Social Principles and the Democratic State* (London: George Allen, 1969), pp. 333 y ss.; también, Parry, *Op. Cit.*, pp. 141-158.

33. Bottomore, *Op. Cit.*, pp. 112-117; Parry, *Op. Cit.*, pp. 127-130.

34. Parece que en algunos países africanos "...la época de la democracia no ha dado paso al control popular del gobierno; el poder real y último permanece en las manos de los pocos". Véase, Miller Robert A., "Elite formation in Africa: Class, Culture and Coherence". *The Journal of African Studies*, 12, 4 (1974), p. 521. A este respecto, en Latinoamérica, a pesar de ejemplos conspicuos de forzada *socialización polí-*

problema no es tal vez la existencia de minorías dirigentes, sino el *raciocinio moral* que las inspira; esto es, la axiología que soporta el trabajo social de esas minorías, ya que hoy es necesario admitir una obligada división del trabajo, es decir, una división por roles. Esto quiere decir que podría admitirse en teoría política la existencia de minorías gobernantes, siempre y cuando estén confinadas más a la iniciativa, la creatividad y el tutelaje democrático de la acción social, y no al usufructo discriminatorio de la rentabilidad de esa acción social. De ninguna manera se significa el que, por sí mismos, existen *tocados* para conformar las minorías gobernantes. No. Creemos que factores como la circulación de las minorías por razones de competencia profesional, cambios de vocación de servicio, incremento de conciencia social o socialización política, y una creciente cultura general, deberían establecer cierta capilaridad social en todos los sentidos, permitiendo la interacción y el flujo democráticos en las decisiones estatales. Por esta razón, no compartimos el que se niegue la existencia de minorías gobernantes. Además, porque sería irrealista, ya que su existencia bajo diferentes filosofías, medios y tiempos es de claridad encandilante; y, segundo, porque la identificación de ella, el examen crítico de su estructura, sus recursos y motivaciones permitirá hacer el mapa de sus ejecutorias, pronosticar sus conductas futuras y, como resultante, bloquear, adicionar o estimular esas conductas.

En parte, el concepto peyorativo de élite puede suprimirse porque el grupo gobernante es indefensible, si mezquino; admisible, si proyectado al beneficio social. Entonces, una teoría de la élite, que clame por la primacía del interés social de las mayorías y la circulación democrática de los grupos hacia el poder, debería contribuir significativamente a que los individuos del Tercer Mundo — el cual está compuesto de sociedades en expansión, en donde las élites surgen y proliferan por el crecimiento de la población, el crecimiento de la especialización ocupacional, el surgimiento de la burocracia en organizaciones formales y, también, por la *emergencia de diversidad moral*— puedan identificar la influencia ejercida por determinadas personas, como se dijo, sus motivaciones abiertas o escondidas,

tica, en ciertos países no parece existir lo que Michels llama "El culto de la Venneración". Véase, Michels Robert, *Political Parties* (New York: Dover Publishing & Co., 1959), pp. 63-68. Keller también confirma esta situación en el siguiente párrafo: "Existen, en el sentido en que las hemos discutido, las élites de estos países... (subdesarrollados)... Daniel Leoner sugiere que *hay élites, pero no seguidores*. El régimen militar, cita él a un observador militar, ha estado buscando crear una clase a la cual representar". *Op. Cit.*, p. 22.

la constitución intrínseca de los partidos políticos, grupos de presión, etc., todo para comprender e influir los procesos de toma de decisiones políticas.

Probablemente, el suceso final del crecimiento y desarrollo económicos³⁵ reales para el Tercer Mundo estriba en la correlación entre los grupos minoritarios que puedan engarzarse en la lucha por el liderazgo. La experiencia sugiere que el rango de esos grupos se compone de elementos militares, líderes políticos nacionalistas y los intelectuales revolucionarios. Por tanto, un diagnóstico social deberá partir de la identificación del potencial de predominio de esas minorías entre sí. Empero, el diagnóstico concreto deberá considerar por lo menos lo siguiente. Primero, la constitución ideológica política de la programática de cada grupo. Porque, a pesar de las frecuentes discrepancias entre la postulación teórica y la realidad, de las banderas filosóficas de los grupos se pueden extraer elementos que en alto grado ayudan a identificar sus métodos de trabajo, la cobertura social de sus programas de gobierno, su grado de democracia y los beneficiarios finales. Segundo, un análisis detenido de los planes económicos puede descubrir inconsistencias graves previsibles respecto a las realidades económicas internas y externas, tales como potencial de materias primas, existencia o permanencia de mercados, niveles tecnológicos, etc., porque de ahí podrían derivar planteamientos de programas económicos irrealizables y, por tanto, demagógicos, o a la inversa. En tercer lugar, un diagnóstico de los cursos de acción de la minoría gobernante o a gobernar deberá revisar la estructura político-organizacional sugerida para realizar los programas, es decir, deberán examinarse los mecanismos de operación y armonía de los sectores del poder público, así como la audiencia y participación que tendrían los diferentes estamentos sociales. Asimismo, deben aclararse los niveles de dependencia económica y política con respecto a sistemas establecidos foráneos, los planos de organización y decisión co-

35. Asumimos acá una diferencia sustantiva entre los dos conceptos. Un crecimiento está enderezado en términos simples a un incremento de la riqueza —ΔGNP— del país; un desarrollo, más que un concepto económico en sí mismo, podemos referirlo a un concepto político sobre cómo deberá distribuirse el incremento de la riqueza. De aquí la discrepancia entre ciertos sectores de políticos respecto a que debe ser prioritario, si crecer económicamente, sin redistribución del ingreso, o esto último a costa de un crecimiento rezagado; o una integración de la teoría del crecimiento y la distribución, asumidos unos avances moderados de aquél. Desarrollo económico es un "...proceso por el cual el ingreso per capita real de un país se incrementa sobre un largo periodo —sujeto a las estipulaciones de que el número por debajo de una 'línea de pobreza absoluta' no se incrementa, y que la distribución del ingreso no llega a ser más inequitativa". Véase Meier, Gerald, M., *Leading Issues in Economic Development* (New York: Oxford University Press, 1976), Third Edition, pp. 5-11.

marcales internos, así como las vinculaciones regionales y subregionales potenciales o declaradas; en suma, poner bajo la luz las ideas geopolíticas. Del estudio de estos tres aspectos fundamentales, debería naturalmente haber más claridad para la elección, mantenimiento o cambio de los grupos prevalecientes en el gobierno. Y, obviamente, el estudio que se ocupare de tal análisis podría, aún consideradas las veleidades de la realidad política, identificar con mayor precisión los distintos sistemas políticos sobre los cuales optar. Porque aunque hemos aceptado que al final son ciertos grupos los que gobiernan en todas las sociedades, siempre es posible y necesario asociarlos con una concepción filosófico-política, con un sistema político. En unos países gobiernan unas minorías bajo filosofías socialistas; en otros, privan minorías bajo un corte filosófico fascista; y, en otros, grupos con ideas liberales o conservadoras moderadas, y, con todos, múltiples combinaciones.

Finalmente, de la consideración cuidadosa de los tres puntos arriba examinados surgiría entonces la base ideológica que preside a una minoría gobernante. En ese orden de ideas, para el Tercer Mundo es por sí mismo evidente las ideologías que lo han plagado de miseria, explotación y oprobio, así como evidente es lo que señala pautas de esperanza social.

IV. CONCLUSION

La desigualdad y, correspondientemente, los grupos privilegiados son un fenómeno histórico observado desde las edades paleolíticas. El mago, el artista, el médico y los sacerdotes formaron, por la influencia de sus habilidades, las primeras minorías selectas. Con la expansión de la sociedad humana, surgieron nuevos roles —los guerreros, —los reyes, la burocracia oficial, los eruditos, etc.— y con ellos, nuevos valores y estructuras sociales, nuevos privilegios. Por lo tanto, la especialización y los grupos minoritarios dominantes han tenido una presencia histórica innegable.

Con el tiempo, los filósofos y pensadores políticos han evaluado la presencia de esas inequidades y de esos grupos selectos. Primero, examinando los conceptos de igualdad y propiedad; y segundo, construyendo teorías directas acerca de elementos conectados —aunque disímiles— por su objeto de estudio, tales como marxismo, "clase dirigente" o élite, pluralismo o masa. Con tales nombres apareció un conjunto de planteamientos políticos tratando de explicar la con-

ducta, de sistemas políticos diferentes, dentro de diversos enfoques; ninguno de los cuales podría considerarse completamente científico, principalmente debido a la falta de pruebas prácticas confiables.

Cualquiera sea el análisis, las minorías selectas existen. Y ellas deberán analizarse íntimamente si se desean nuevos patrones en cuanto a los procesos de toma de decisiones sociales. Para su diagnóstico, las minorías deberían verse a la luz de, por lo menos, su vertebración ideológica, su programática económica y su estructura político-organizacional. De esto resultaría, quizás, que la mejor estrategia para los países pobres sería el estimular el gobierno de minorías inspiradas por los más altos estándares de conciencia social; o, si se quiere, la dominancia de sistemas políticos que garanticen el gobierno de minorías con esos estándares. Desde luego que faltaría por resolver cuáles son los más elevados estándares, hasta donde deben llegar y, lo más crítico, quién los debería definir; no obstante, una praxis perfilada alrededor de los mayores beneficios materiales y culturales para las mayorías, podría ir definiendo la ruta de rectitud moral de una programática política.

BIBLIOGRAFIA

1. ALBA VICTOR: *Nationalists with Nations* (New York: Praeger Publishers, 1968).
2. BRAND, JACK: "Support for Democratic Procedures in Scottish Cities", *Political Studies*, Vol. XXIV. September 1976, Nº 3.
3. BENN S. I.: and PETERS R.: *Social Principles and The Democratic State* (London: George Allen, 1969).
4. BOTTOMORE T. B.: *Elites and Society* (London: Watts & Co., 1964).
5. CARDOSO, F. H.: "The Industrial Elite in Latin America" in Berstein, Henry: *Underdevelopment And Development* (Middlesex: Penguin, 1976).
6. DAHL, ROBERT A.: "A Critique of the Modern Elite" *The American Political Science Review*.
7. DUMOND, LOUIS: *Homo Hierarchicus* (London: Paladine, 1972).
8. DUVERGER, MAURICE: *The Study of Politics*. (London: Wilson, 1976).
9. DUVENGER, MAURICE: *Party Politics and Pressure Group* (London, Wilson, 1977).
10. FINER, S. E.: *The Man on Horseback - The Role of the Military in Politics*. (Oxford: Pall Mall Press, 1967).
11. HAUSER, ARNOLD: *The Social History of Art*, (London: Routledge and Kegan, 1968), Volume One.
12. KELLER, SUZANNE: *Beyond the Ruling Class* (New York: Random House, 1963).
- 12a. HUSE, EDGAR, y BOWDITCH JAMES L., *El comportamiento humano en la Organización*. (Bilbao: F.E.I., 1976).
13. HEEGER, GERALD: *The Politics of Underdevelopment*. (New York MacMillan, 1974).
14. LUCKACS, GEORG: *History and Class Consciousness*. (London: Merlin Press, 1971).
15. MACFARLANE, L. J.: *Modern Political Theory* (London: Nelson, 1970).
16. MICHELS, ROBERT: *Political Parties*, New York: Dover Publishing & Co. 1959).
17. MILLER, ROBERT A.: "Elite Formation in Africa: Class, Culture and Coherence", *The Journal of Modern African Studies*. 12-4-1974.
18. MOSCA, GAETANO: *The Ruling Class*. (New York: McGraw Hill, 1939).
19. ORTEGA y GASSET, JOSE: *The Revolt of the Masses*. (London: George Allen, 1932).
20. PARKIN, FRANK: *Class inequality and Political Order*. (London: Mac-Gibbon, 1971).
21. PARRY, GERAIN: *Political Elites*. (London: George Allen, 1976).
22. PIRENNE, HENRI: *Economic and Social History of Medieval Europe*. (London: Routledge and Kegan, 1949).
23. PLEJANOV, JORGE: *El Papel del Individuo en la Historia*. (México, Grijalbo, 1969).
24. STAVENHAGEN, RODOLFO: *Social Classes in Agrarian Societies*. (New York: Anchor Books, 1975).
25. TIME "Socialism Trials and Errors - An Ideology that promises more than it delivers". March 13, 1978. (Cover story).
26. VOEGELIN, ERIC: *The New Science of Politics*. (Chicago: The University of Chicago Press, 1974).
27. VON MARTIN, ALFRED: *Sociologia del Renacimiento*. (México: F.C.A., 1963).
28. WOLFE, ALAN and McCOY, CHARLES: *Political Analysis*. (New York: Thomas Y. Gowell Co., 1972).